

La Luz Interior y otras selecciones

publicado 1998 por

La Asociación de Tratados de Amigos

Prefacio

por la Asociación de Tratados de Amigos

Isaac Penington

1617-1679

La siguiente nota biográfica se redactó de los archivos de la Sociedad de Amigos, como introducción a una selección de fragmentos escogidos de los cinco volúmenes de las obras de Penington publicada por la Asociación de Tratados de Amigos en 1983 con la esperanza de alentar al lector a estudiar más de sus escritos y forma de pensar.

Era el hijo mayor de su padre, también llamado Isaac Penington quien fue por muchos años concejal de la ciudad de Londres, y por dos años consecutivos alcalde. Nació alrededor del año 1617. Recibió una educación típica de su clase social, con todas las ventajas de los colegios y las universidades de su país, además de la conversación con algunos de los hombres más importantes de su época. Maduró en un período mientras Inglaterra sufría una tempestad de disturbios civiles, causado por conflictos entre el Rey Carlos I y el parlamento. Su padre era un partidario acalorado, en una posición notable, encargado de asuntos de importancia considerable. Era de esperarse que el hijo bien pudiera haber alcanzado una posición eminente en la República, si su temperamento así lo inclinara. Pero rechazó grandeza y gloria mundanal, y escogió una vida retirada y dedicada a la religión. La temprana impresión de piedad ejerció un efecto tan bueno sobre él, que fue salvaguardado de las tentaciones de su época, y sus parientes y amigos se maravillaban de su impresionante vida y sus hábitos de retiro; su forma de apartarse de cualquier compañía que pudiera interrumpir sus meditaciones, y su tendencia a una vida de duelo. Pero esta tristeza no surgió del peso de vicios anteriores, porque desde su niñez se había inclinado a la virtud, sino que, igual que Habacuc, surgió de su temor frente a la majestad de Dios, y su deseo de buscar quietud en el día de la angustia.¹ En medio de este ejercicio espiritual, no encontró ni

¹ Habacuc 3:16

sosiego ni consuelo en nada más que en la sonrisa de la faz de Dios sobre su alma.

Alrededor del año 1648 se casó con Mary, viuda de Sir William Springett, una mujer religiosa; pero él continuó su estado de búsqueda por varios años hasta que por fin fue convencido de los principios de la Verdad profesados por la gente llamada cuáquera, y se unió a esta sociedad por el año 1658 cuando tenía cuarenta y un años. Nada le desalentó de adoptar y afirmar este camino, ni su clase social en el mundo (la más elevada de todos los que se habían unido al cuaquerismo hasta ese momento), ni el menosprecio de su educación y sabiduría, ni el reproche y la pérdida ocasionada por su testimonio público. Así deshaciéndose de todo, recibió nueva provisión del cielo, en la que el Señor le dio prosperidad; el rocío divino se posó sobre su rama y su raíz, y se hizo rico y fructífero en tesoro celestial, lleno de amor, paciencia, y longanimidad, y ejemplar en su deber para con Dios y su prójimo.

De igual manera que recibió la fe en Cristo, así también tuvo que sufrir por su nombre; frecuentemente fue encarcelado, a veces por largo tiempo, cosa que aceptó con ecuanimidad y sosiego. La primera vez fue en el año 1661 en la cárcel de Aylesbury, por haber adorado a Dios en su propia casa; soportó grandes privaciones durante diecisiete semanas en una reducida celda fría, sin chimenea en medio del invierno. Por este trato su cuerpo contrajo una enfermedad tan grave que por varias semanas después no podía virarse en la cama. Fue encarcelado cinco veces más por su profesión religiosa, y como tenía una constitución frágil estaba en peligro de perder la vida por las privaciones sufridas. Después de muchas tribulaciones entró en el reino, probado, empleado y aceptado por el Señor. Mientras el hombre externo maduraba en años, el hombre interno maduraba en gracia y conocimiento de su Redentor. Los que los conocieron en el ocaso de su vida observaron que mientras la llama de su vida menguaba, su alma crecía, y resplandecía como lámpara rebosante; su testimonio embellecido por una vida de piedad y virtud, y la práctica constante de lo que le aconsejaba a los demás. Dios le favoreció con muchos dones, que él puso a trabajar para la gloria del gran dador. Siendo así apto para vivir, también estaba preparado para morir. Falleció a los sesenta y tres años en el octavo mes, 1679.

Este hombre de honda experiencia brindó algunos breves apuntes de los profundos ejercicios espirituales y los conflictos por los que su alma pasó en su búsqueda y su encuentro del conocimiento del camino, la verdad y la vida. Detenerse y reflexionar sobre sus pasos, expresados en sus propias palabras, puede ser aceptable y provechoso a muchos.